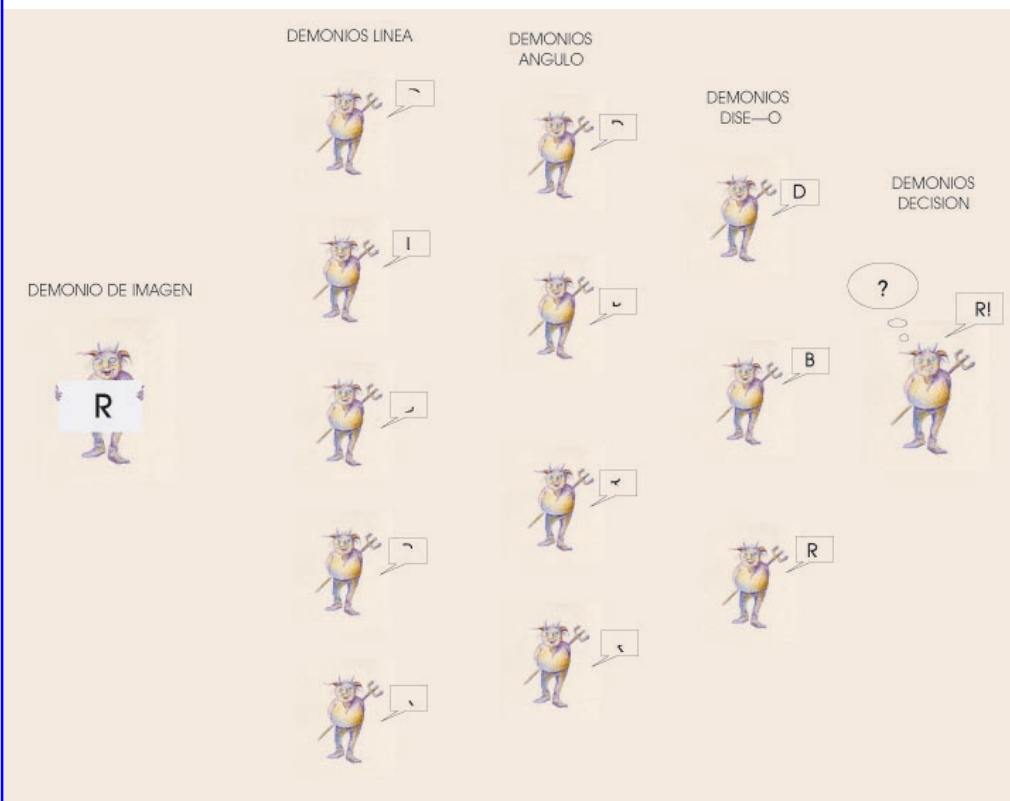


capítulo 13

daniel dennett: el modelo de los borradores múltiples



Las dos citas que abren este capítulo ejemplifican y resumen admirablemente las principales ideas que Dennett nos presenta en su Modelo de Versiones múltiples: que no existe ningún lugar central en el cerebro donde todo viene junto, y que la actividad mental es un proceso continuo de revisión y edición, que no está dirigido por ningún ejecutivo central, sino que es llevado simultáneamente por varios subprocesos que, generalmente, no saben lo que está haciendo el proceso de al lado. Deseamos llamar la atención del lector sobre cómo citas de un mismo autor (James) introducen dos capítulos que presentan modelos contrarios entre sí. Además de citas de Shakespeare (en el capítulo sobre el teatro de la mente) y Cela (este capítulo). Del primero se dice que no era un hombre real sino muchos autores; del segundo que usaba “negros”. La personalidad múltiple nos acecha.


¡El autor, el autor!

No existe célula o grupo de células en el cerebro cuya preeminencia anatómica o funcional las haga aparecer como la piedra angular o el centro de gravedad de todo el sistema.

William James, Principios de Psicología

Los escritores, por lo común, corregimos las pruebas de nuestras ediciones, y a veces ni eso. Las que siguen las dejamos al cuidado de los editores quienes, quizá por aquello de su conocida afición al noble y entretenido juego del pasabola, delegan en el impresor, el que se apoya en el corrector de pruebas que, como anda de cabeza, llama en su auxilio a ese primo pobre que todos tenemos quien, como es más bien haragán, manda a un vecino. El resultado es que, al final, el texto no lo reconoce ni su padre [...]. A veces pienso que escribir no es más que recopilar y ordenar y que los libros se están siempre escribiendo, a veces solos, incluso desde antes de empezar materialmente a escribirlos y aún después de ponerles su punto final.

Camilo José Cela, La familia de Pascual Duarte

 En el capítulo anterior, veíamos como Baars trataba de mostrarnos cómo la conciencia sí podía ser representada mediante una metáfora de tipo espacial, central, y cómo su modelo evitaba el problema del homúnculo. Sin embargo, esta metáfora de la conciencia no ha estado libre de críticas desde aquellos sectores que se oponen a una concepción de la conciencia como un lugar «donde todo viene junto». Uno de los críticos más importantes de los modelos centralistas de la conciencia es el filósofo Daniel Dennett,

que presenta una metáfora de la conciencia que se opone frontalmente a esa concepción espacial, y que ataca con saña la metáfora del Teatro Cartesiano.

Es necesario prevenir al lector que este modelo es posiblemente el que mayor dificultad presenta para su comprensión, por dos razones fundamentales: en primer lugar, es un modelo más complejo y menos intuitivo que el de Baars. Muchas de las ideas que Dennett presenta son difíciles de entender por lo poco convencionales que son. Lo cual nos lleva a la segunda razón: las ideas

espaciales y centrales sobre la conciencia son intuitivamente muy aceptables. En el nivel cotidiano, es muy difícil no pensar en nuestra mente como en un teatro, un cine o la pantalla de una TV. Por eso nos es tan difícil asumir otra metáfora que no implique un lugar central.

El lector ha de tener en cuenta eso mismo al entrar en los debates sobre las teorías espaciales de la conciencia. Tal y como apuntábamos en el capítulo sobre las metáforas, la idea del homúnculo es inaceptable a nivel teórico y filosófico, pero es una idea muy intuitiva a nivel de sentido común. Para nosotros es muy fácil representarnos nuestro mundo interno de una manera igual a la interacción que tenemos con el mundo externo: la información del exterior se proyecta en la pantalla de cine, para que el “yo” la vea y decida en consecuencia. Pero según Dennett, para poder avanzar en el estudio serio y científico de la conciencia, hemos de abandonar nuestras ideas preconcebidas sobre la mente y la conciencia, y tratar de adquirir una visión de la conciencia que rompa con las viejas ideas preconcebidas y sea más acorde con los datos que las nuevas tecnologías en neurociencia nos aportan. De modo que, para presentar el modelo de Dennett, hemos de ver en primer lugar por qué las metáforas espaciales en general, y la metáfora del Teatro en particular, son inadecuadas según este autor para entender y estudiar la conciencia. Hay que demoler el viejo Teatro que alberga nuestras viejas concepciones de la conciencia, y construir un edificio nuevo. De modo que vamos a calarnos el casco y vamos a seguir a Dennett en esta obra.

Comienzan las obras: ¡Fuego en el agujero!

Cuando uno quiere demoler un gran edificio tiene dos opciones: o ataca las paredes del edificio con las excavadoras y las má-

quinas de demolición, hasta que las paredes se colapsan y el edificio se derrumba, para entonces limpiar el solar, o bien coloca unas cargas explosivas estratégicamente en los pilares del edificio y, tras detonarlas, pasa directamente a limpiar el solar.

Del mismo modo, cuando uno quiere criticar una teoría en el campo de la ciencia, tiene dos opciones: o empieza a atacar los datos y argumentos empleados para defender la teoría, con el objetivo de dejar a ese modelo sin respaldo empírico o filosófico, o coge la vía rápida. La vía rápida es atacar las mismas bases filosóficas que subyacen a la teoría; si estas bases son refutadas con éxito, el resto del modelo o teoría se cae solo, y no hay que trabajar más. Esta última táctica ha sido abundantemente empleada en la historia de la psicología, y es la que Dennett se propone emplear: dinamitar los fundamentos teóricos de los modelos espaciales de la conciencia, para mostrar sus carencias y poder plantear un modelo que (supuestamente) tenga unos cimientos mejor asentados científicamente hablando. Y para ello es necesario comenzar por una crítica a la primera metáfora de la conciencia como un teatro, que ya citábamos antes: el Teatro Cartesiano, utilizado luego por Baars para su metáfora. Este teatro es una muestra clara de la postura filosófica que llamamos dualismo. ¿A qué nos referimos con dualismo? Veámoslo.

El debate entre el dualismo y su postura contraria, el materialismo, es uno de los más antiguos en la historia de la filosofía. Básicamente, el dualismo entiende que la mente es algo separado del cuerpo e independiente del mismo. De este modo, los procesos mentales tendrían lugar en una especie de «mundo de las ideas», separado del «mundo físico» donde viven nuestros cuerpos. La mente no sería lo mismo que la actividad cerebral, sino que la actividad cerebral sería un resultado de la actividad de la mente. Tal y como ya hemos mencionado anteriormente, Descartes pensaba que la glándula

pineal era el lugar de interacción entre la mente y el cerebro (y el resto del cuerpo físico). De este modo, una idea producida en “la mente” (en el mundo de las ideas) alcanzaba la glándula pineal y generaba una cierta actividad en nuestro cerebro. Y a la inversa, la información del mundo exterior llega al cerebro a través de los nervios, y en la glándula pineal se realiza la transformación de actividad cerebral a «idea».

Por el contrario, el materialismo entiende que cuerpo y mente son una misma cosa indivisible, y que no existe el uno sin el otro. La mente no es más que el producto de la actividad cerebral, y sin ésta no puede existir aquella. No existe un mundo de las ideas, paralelo al mundo físico, sino que todo se compone de la misma materia.

«Según los materialistas, podemos explicar (en principio) cualquier fenómeno mental con los mismos principios, leyes y materias primas físicas que nos sirven para explicar la radiactividad, la deriva continental, la fotosíntesis, la reproducción, la nutrición y el crecimiento.» (Dennett, 1991)

Actualmente, como el lector se puede imaginar, el dualismo ha perdido mucha de su vigencia en el mundo científico y filosófico, por razones que veremos en un momento (Dennett se ocupa de enumerarlas todas) Sin embargo, hay importantes filósofos que han hecho resurgir el interés por esta corriente filosófica, como puede ser el matemático Roger Penrose, en su obra *La nueva mente del Emperador* (1989). Veamos qué objeciones hace Dennett al dualismo, y cómo las usa para atacar al metáfora del teatro.

Tal y como Dennett lo entiende, al dualismo se le puede hacer una objeción que aún no ha sido capaz de superar: si la mente y el cuerpo son sustancias distintas, nunca podrían interactuar. Si la mente es algo diferente del cerebro físico, debe estar compuesta de una “sustancia mental”, cuyas propiedades desconocemos. Y como desconocemos esas propiedades, tampoco estamos capacitados para averiguar de qué manera se ve afectada

por los procesos físicos del cerebro. Pero lo contrario también es cierto: ¿cómo consigue la mente influir en los procesos físicos del cerebro, para que la mente pueda influir sobre el cuerpo? De modo que la estimulación física de los nervios no puede provocar una respuesta mental, ya que no hay forma de que algo material interactúe con algo inmaterial. Por ejemplo, supongamos el caso de un fantasma que puede atravesar las paredes a voluntad, pero que sin embargo es capaz de coger objetos. ¿Cómo es eso posible? Si algo puede coger un objeto físico, es porque ese algo es un objeto físico a su vez. «Quizá un algo físico extraño y poco estudiado, pero físico al fin.» (Dennett, 1991).

Antes mencionábamos al matemático Roger Penrose. Defiende Penrose en su obra que se necesita ampliar la ontología de las ciencias físicas a fin de explicar los fenómenos de la conciencia. ¿Qué quiere decir Penrose con eso? La ontología es el catálogo de cosas y tipos de cosas que una teoría supone que existen. En tiempos de Julio Verne, por ejemplo, la ontología de la física admitía el «éter» (sustancia que llenaba el vacío entre los planetas y permitía la transmisión de luz y sonido). Hoy nadie cree en el éter, pero los físicos admiten la existencia en su ontología de neutrinos, quarks y agujeros negros.

Eso quiere decir que Penrose afirma que entre las cosas y tipos de cosas que las ciencias físicas actuales supone que existen, habría que admitir elementos nuevos para poder explicar la conciencia, y conseguir que la mente consciente sea más accesible a la investigación científica, y no menos. Dennett discrepa profundamente con esta opinión, porque ve en ella una especie de «tirar la toalla» científico: muchos dualistas (parece que Penrose entre ellos) afirman que conocer cómo funciona la mente es algo que está por encima de la capacidad de los seres humanos. A lo largo de la historia, se ha pronunciado en innumerables ocasiones alguna frase del estilo de: «Eso es algo que el hombre no puede/debe/le está permitido

conocer», o bien del tipo: «El misterio de (sustitúyase por lo que proceda) no puede ser destripado por el frío bisturí de la ciencia”. Parece que esas personas subestiman la capacidad de conocimiento humana, al tiempo que atribuyen alguna especie de poética belleza al misterio de lo desconocido donde otros (el autor entre ellos) no ven nada más que la fea, triste y deprimente cara de la ignorancia y la estrechez de miras. Lo más curioso quizá sea que muchos de los que lanzan semejantes frases son científicos, y no pocos de ellos son psicólogos.

Es como si pensaran que conocer los entresijos del funcionamiento de la conciencia acabaría para siempre con su encanto. Dennett con su obra trata de demostrar lo contrario, siguiendo las siguientes normas:

Nada de tejidos milagrosos. Trata de explicar la conciencia sin recurrir a fuerzas o materias inexplicables o desconocidas. Al igual que Baars, Dennett opta por moverse dentro de lo que la ciencia contemporánea conoce.

Nada de amnesias fingidas. Dennett no rechaza la fenomenología, esto es, el estudio de nuestras experiencias tal y como nosotros somos conscientes de ellas.

Nada de regatear con los detalles empíricos. Dennett afirma que tratará de dar cuenta de todos los hechos científicos correctamente, aunque no pretende que tales hechos puedan resistir el paso del tiempo. Esto implica que el autor es consciente de que algunos de los datos y experimentos en los que se apoya pueden perder vigencia con el paso del tiempo, incluyendo a aquellos que son más recientes.

Este es nada menos que el cometido que Dennett se propone. El edificio del dualismo ya ha quedado reducido a escombros, y ahora toca construir un edificio nuevo que albergue nuestras ideas sobre la conciencia. Manos a la obra.

Limpiando los escombros

Para presentar su modelo, hemos de tratar en primer lugar la cuestión del punto de vista del observador. Siempre que hay una mente consciente hay un punto de vista. Esta es una idea que todos tenemos sobre la mente – o al menos sobre la mente consciente. Puesto que nuestro cerebro parece tener límites respecto a la cantidad de información que es capaz de procesar de una sola vez, afirmamos que una mente consciente es un observador que recoge un subconjunto limitado de toda la información que hay en nuestro entorno. Sólo podemos recoger la información que hay en una secuencia más o menos continua de lugares y momentos de todos los que hay en el universo. Esto es así dado que sólo podemos estar en lugar determinado en un momento determinado. Por tanto, podemos decir que un punto de vista consciente no es más que eso: un punto que se mueve en el espacio – tiempo. Hasta ahí, parece que no hay ningún problema.

El problema no es considerar al observador y su punto de vista como un punto en el universo. El problema llega cuando tratamos de localizar el punto de vista dentro del observador. ¿En qué punto exacto del mismo se halla su punto de vista? ¿En el cerebro? De acuerdo, a la luz de nuestros conocimientos podemos suponer que nuestro punto de vista podría encontrarse en el cerebro. ¿En qué punto del cerebro? Eso es más difícil. No se ha podido encontrar ningún punto del cerebro al cual acudan todas las conexiones y donde se procese toda la información. Tal y como Dennett lo presenta, no hay ninguna área del cerebro que sirva de escenario al Teatro Cartesiano. Sin embargo, eso lo sabemos ahora, y es necesario recordar de nuevo al lector que el que no se haya encontrado no quiere decir que no exista. Anteriormente, varios estudiosos han tratado de dar una localización exacta a la conciencia en el cerebro.

Descartes decidió que el cerebro tenía un centro: no se trataba de otra estructura sino

de la glándula pineal. La escogió porque se encuentra en la línea media del cerebro, y, al contrario que el resto de las estructuras cerebrales, no se encuentra por duplicado. ¿Qué quiere decir esto? En el cerebro todas las estructuras están duplicadas. No es correcto hablar de un tálamo, sino de los tálamos, ya que hay un tálamo izquierdo y un tálamo derecho. Nuestros lóbulos cerebrales también están duplicados, y así sucesivamente. Todo excepto la glándula pineal. Además, la función de esa estructura era insondable, por lo que Descartes decidió que en ese punto se realizaba la transacción (mágica, de hecho) entre el cerebro material de la persona y su alma inmaterial. Para que una persona fuera consciente de algo, la información sensorial debía llegar a esa estación de relevo, donde la energía nerviosa se transformaba en energía mental. Los reflejos y actos involuntarios del organismo se debían a cortocircuitos nerviosos que evitaban pasar por la glándula pineal y eran, por tanto, inconscientes.

Sin embargo, la tentación de tener un suplente de la glándula pineal es muy grande, y hay ciertos fenómenos naturales que, a primera vista, parecen corroborar que debe haber algún lugar donde todo venga junto, y sea ordenado coherentemente para que podamos tener una experiencia consciente con sentido. Tomemos el siguiente ejemplo: la luz viaja mucho más aprisa que el sonido, pero ahora también sabemos que el cerebro tarda más en procesar los estímulos visuales que los auditivos. Pues bien, se ha encontrado (Poppel, 1985, 1988) un fenómeno llamado horizonte de simultaneidad: el horizonte de simultaneidad es la distancia necesaria para que la luz y el sonido que abandonan simultáneamente un punto produzcan repuestas neuronales que son “centralmente accesibles” al mismo tiempo. ¿Pero qué es “centralmente accesible”? El problema no es sólo medir las distancias desde el exterior hasta los órganos sensoriales del sujeto, o la velocidad de transmisión de las fibras nerviosas. El problema fundamental es decidir cuál es la

“línea meta” del cerebro, el punto en el cual la información sensorial deja de ser preconsciente para pasar a ser consciente. Porque parece claro que, si normalmente vemos las imágenes en sincronía con los sonidos que las acompañan, a pesar de que ambos tipos de estímulos tienen velocidades de transmisión y procesamiento diferentes, entonces debe haber algún lugar en el cerebro donde son compuestas en un todo coherente para que podamos tener una experiencia consciente como las que estamos acostumbrados a tener. Sabemos que nuestra experiencia de la luz o el sonido se produce en un punto entre el momento en el que nuestros órganos sensoriales son estimulados por la información, y el momento en el que declaramos haber visto u oído algo (por ejemplo, pulsando un botón). Además, parece lógico pensar que esto ha de producirse en algún centro, en algún lugar del cerebro a medio camino entre las vías sensoriales y las vías que controlan el dedo. Y si pudiéramos hallar ese lugar, habríamos encontrado el lugar en el que reside la conciencia.

A esta idea Dennett la llama materialismo cartesiano, porque es la visión a la que llegamos cuando abandonamos la idea del dualismo (esto es, de la existencia de una sustancia mental distinta de la materia que compone el cerebro), pero no conseguimos salir de la idea de un teatro (si bien un teatro material) donde todo acude para ser ordenado y presentado. Desde los tiempos de Descartes se han propuesto varias estructuras cerebrales como el lugar donde podría hallarse ese Teatro Cartesiano. De hecho, es una idea tan persuasiva que muchos científicos que afirmarían haberla rechazado y abandonado siguen elaborando teorías inspirándose y basándose en esa idea. Sin embargo, la idea del Teatro subsiste a pesar de todo porque a fin de cuentas, nuestra apreciación introspectiva de la conciencia, esto es, nuestra experiencia de la conciencia, es de la conciencia como un fenómeno único.

Sin embargo, el hecho de que existan

fenómenos como el de la simultaneidad es, para Dennett, una evidencia en contra de la existencia de un lugar central, y no una prueba a favor. De hecho, la simultaneidad plantea problemas como por ejemplo, el de determinar el orden en el que experimentamos los estímulos: ¿cómo se determina el orden en el que hemos de experimentarlos?

El nuevo edificio del Modelo de Versiones Múltiples

Para resolver éste problema (y otros), Dennett nos presenta su Modelo de las Versiones Múltiples (al que llamaremos MVM para abreviar). Según Dennett, todas las variedades de actividad mental «se llevan a cabo en el cerebro mediante procesos paralelos, que corren por múltiples vías, de interpretación y elaboración de los estímulos sensoriales de entrada: La información que entra en el sistema nervioso se halla sometida a un continuo proceso parecido al de una compilación editorial.» (Dennett 1991, página 125)

Uf, ya estamos otra vez con esa palabrería. Veamos qué quiere decir con detalle, en un lenguaje más sencillo.

Cuando Dennett afirma que todas las actividades mentales se llevan a cabo en el cerebro mediante procesos paralelos, que corren por múltiples vías, de interpretación y elaboración de los estímulos sensoriales de entrada, lo que quiere decir es algo que ya hemos visto en modelos anteriores: el cerebro no trabaja con una sola cosa a la vez, sino que realiza muchas tareas al mismo tiempo. El cerebro no trabaja de forma secuencial, «en serie» (que es como nosotros experimentamos la realidad, primero un instante, y después el siguiente, todo bien ordenadito), sino que la actividad mental es más parecida a un caos de procesamiento en el que miles de módulos procesan y editan a la vez toda la masa de información

que recibimos cada segundo. Esto es lo que Dennett afirma con: La información que entra en el sistema nervioso se halla sometida a un continuo proceso parecido al de una compilación editorial. Nuestro cerebro no sólo está continuamente procesando información (algo en lo que todos estamos de acuerdo), sino que además esta información está siendo constantemente editada, revisada y modificada para adaptarse a las nuevas informaciones que van entrando. Lo que experimentamos es el producto de muchos procesos interpretativos, a los que Dennett llama procesos de compilación. Operan sobre los productos de los procesos de detección de rasgos o discriminación (estos productos son representaciones relativamente burdas y simples), y devuelven representaciones cotejadas, ampliadas y revisadas. Los procesos de discriminación sólo tienen que llevarse a cabo una vez. Cuando una porción especializada del cerebro ha llevado a cabo la observación de un rasgo determinado, el contenido informativo queda fijado, y puede ser empleado por ese y otros procesos de selección. Pero ese rasgo discriminado no conduce a una representación sobre el escenario de un teatro, no se crea una pequeña pantalla para que el homúnculo observe nuestra conciencia. De este modo, una vez que nuestro cerebro ha registrado la presencia del “rojo”, por ejemplo, este contenido queda fijado para que otros procesos de compilación puedan actuar sobre él, y será revisado, modificado y ajustado según vaya dictando la información que va llegando en cada momento. Lo que no ocurre, según Dennett, es que se cree una representación del “rojo” que vaya a un lugar central para componerse en un todo armonioso y coherente con el resto de discriminaciones para dar una conciencia. De hecho, puesto que por el cerebro está circulando múltiples versiones de una misma discriminación (recordemos la cita de Cela del principio del capítulo, así como el nombre del modelo), es lógico pensar que muchas de esas versiones no perduran

indefinidamente, sino que son borradas y desaparecen con el mero paso del tiempo, hasta que sólo queda una versión, un flujo narrativo que es el que se almacena en la memoria, y es lo que pasa por nuestra conciencia. Y, como veremos más adelante, está más que demostrado que los contenidos de la memoria que afectan a nuestra conciencia están también sujetos a revisión.

Estos procesos de fijación de contenidos se pueden localizar en el espacio y en el tiempo gracias a las modernas técnicas de neuroimagen, pero su inicio no marca el comienzo en el que pasan a ser contenidos de la conciencia. Es una confusión preguntarse cuándo algo se hace consciente. No hay un momento ni un lugar definidos para que algo se haga consciente: con el tiempo, lo que ocurre es que estos continuos procesos editoriales acaban dando algo bastante parecido a una secuencia o flujo narrativo coherente, que está continuamente sujeto a edición por parte de los mismos procesos que lo conformaron, y todo ello de forma constante e indefinida. Vamos a tratar de poner un ejemplo para aclarar esta maraña de procesos, para lo cual nos vamos a valer de uno propuesto por el mismo Dennett.

Suponga, amigo lector, que es usted un científico que prepara una comunicación acerca de sus últimas investigaciones. Usted se sienta frente al ordenador y produce el primer borrador de su artículo, que seguramente será revisado y corregido varias veces por usted mismo mientras lo redacta. Pero usted decide enviar varias copias de su borrador a amigos y conocidos para que lo lean y envíen sugerencias y correcciones escritas sobre el propio artículo. Dado que es usted una persona de su tiempo, utiliza Internet y el correo electrónico para enviar y recibir las copias. Mientras esos revisores leen y corrigen su artículo, usted sigue trabajando, añadiendo, eliminando y revisando. De modo que en un momento dado, hay varias versiones diferentes de su artículo circulando por Internet. Quizá esos revisores

a los que usted ha enviado el artículo lo reenvían a conocidos para poder contar con un abanico más amplio de opiniones y conocimientos. Estas personas –desconocidas en principio para usted– aportan sus sugerencias modificando aún más el texto del artículo. Cuando usted recibe las correcciones de sus revisores selecciona algunas para incluirlas en el cuerpo de su artículo, mientras que posiblemente descarte otras. Y ahora conteste a esta pregunta: ¿cómo sabe usted cuál de esas versiones es la versión real, definitiva de su artículo? Usted puede contestar que será la que mande a la revista. Pero eso no es más que una elección arbitraria. Usted elige una, pero podría haber mandado otra: no hay ninguna característica que diferencie las distintas versiones entre sí aparte del hecho de que usted ha decidido arbitrariamente que una de ellas será publicada, mientras que las demás seguramente acaben en la basura. Pues en el cerebro ocurre algo muy semejante: en todo momento hay múltiples versiones (o borradores) del mismo contenido de la conciencia circulando por todo el cerebro. La mayoría acabarán desapareciendo, al no recibir un procesamiento más profundo (quién recibe un procesamiento más profundo lo determinan las características del entorno, no un homúnculo que mira la TV), y uno de esos borradores acabará integrándose en el flujo o secuencia narrativa a la que llamamos conciencia.

Toda esta parrafada tiene una consecuencia interesante: no podemos fijar un instante que marca la diferencia entre algo que aún no es consciente y algo que sí es consciente. Cualquier corte que hagamos en el proceso es arbitrario. A fin de cuentas, ni siquiera el instante en el que actúen los procesos de revisión es importante, como veremos a continuación, porque los productos de estos procesos no van a pasar por un revisor central que les dé sentido.

Dictadores en acción: revisiones

Melodías neuronales

Los fenómenos colectivos de la actividad neuronal se detectan en el electroencefalograma, y se originan en la activación, inhibición paralela y sincronización de múltiples circuitos neuronales. Estos fenómenos colectivos se parecen a las olas rompientes de un mar embravecido que se calman y vuelven a enfurecer sucesivamente o a una cacofonía que se vuelve melodía y viceversa.

Fenómenos colectivos son todas las computaciones que desarrolla el cerebro para categorizar. La comunicación y la traducción de estados transitivos del cerebro (o de inestabilidad en la activación neuronal) en estados sustantivos o de reposo, en términos de William James. En términos modernos a los estados sustantivos o de solución se les denomina «microestados» de la red cerebral o átomos de pensamiento. En la red neuronal se alcanza un equilibrio dinámico. Cada microestado dura de 100 a 200 milisegundos y refleja la activación estabilizada de una red neuronal de procesamiento distribuido y en paralelo, que se traduce en un contenido de conciencia, como un pensamiento abstracto o una imagen visual (Koch y Lehman, 1998). Estos microestados pueden ser informados por la persona en juegos del tipo “di lo que pasa por tu mente”. Sin embargo, los estados transitivos no pueden ser informados. En las simulaciones de redes cerebrales (Rumelhart y McClelland, 1986), en concreto en las máquinas de Boltzmann (Quinlan, 1991), los estados transitivos se corresponderían con los es-

tados de inestabilidad de la red (estado de alta energía), de modo que a través de sus ciclos, la red correría hacia un estado de equilibrio (estado de mínima energía), mediante agitaciones simuladas. En las agitaciones simuladas se tiene en cuenta la probabilidad de cada unidad de la red o nodo de estar activado y el parámetro temperatura, de manera que el sistema puede escapar de los mínimos locales mediante pasos «colina arriba» o «hacer olas» por ebullición, pues a las temperaturas altas la probabilidad de los nodos de activarse «espontáneamente» incrementa, y el sistema se movería hacia un estado de energía mayor, siendo posible alcanzar un estado de equilibrio termal o mínimo global, donde, aunque cambien los estados de los nodos, la energía global del sistema permanece constante. Los estados de equilibrio termal son sustantivos. No es muy diferente a la realización de copas de cristal por el sistema de veneciano de soplado de pasta de arena a altas temperaturas. El artesano introduce un hierro en el horno y toma la pasta fundida, va moviendo el tubo en sentido giratorio para evitar que caiga al suelo. Luego con unas pinzas golpean, moldean y «abren» la pompa soplando con la boca mientras lo siguen girando, así aumenta de volumen y luego cristaliza por enfriamiento.

Esta sincronización, coherencia, cristalización o estabilidad neuronal tiene que ver con el diálogo tálamo-cortical (ver el capítulo 8). Estas áreas tienen una dinámica de comunicación, donde las

oscilaciones de cada neurona juegan un papel central. Los estados de conciencia (dormido, en vigilia, vigilante...) y ciertas patologías como la depresión, la epilepsia, el parkinson... se relacionan con los diferentes ritmos talamo-corticales. Por ejemplo, la duración de los microestados y la configuración del patrón varía en algunas poblaciones clínicas. Así en los esquizofrénicos paranoides son más cortos, y quizás los hiperactivos también muestren cambios continuos de ritmo.

Surgen así armonías y disarmonías, que dan lugar a infinitas melodías neuronales. La metáfora musical puede ser muy útil, recordemos la comparación de William James de un latido de conciencia con un sobretodo psíquico (ver el capítulo 11). Una melodía no está en ninguna de las notas que la componen ni en la suma de todas ellas, es un fenómeno emergente. La metáfora musical presenta muchos anclajes con las redes neuronales, pues en ambos casos partimos de frecuencias, intensidades, ritmos, aceleraciones, ascensos, descensos...que pueden ser producidos tanto por la vibración de cuerdas, percusiones como por las oscilaciones que provoca la polarización y despolarización de las neuronas. Algunas de estas melodías neuronales pueden constituir los ladrillos de la subjetividad. Esta perspectiva evita el problema del homúnculo, de modo que el yo y la fenomenología surgen de la «realidad objetiva», de la organización de las melodías neuronales. Según

esto, nuestra subjetividad iría siempre acompañando a nuestro cerebro físico, es decir, a los conjuntos de neuronas, que en sinfonía, con sus múltiples variaciones melódicas, acompañan a la orquesta sin identificarse con ella.

Un paciente nuestro llamado A. (ver nuestra web para una mejor descripción), tartamudo, incapaz de comprender el habla, con suspensos en todo, un buen día empezó a girar su dedo gordo y dejó de tartamudear prácticamente, empezó a comprender a los otros y a sacar buenas notas. El mismo explicaba que con los giros del dedo mandaba impulsos al cerebro que sincronizaban su actividad eléctrica cerebral periférica con los centros del lenguaje, lo que le permitía traducir y comunicar el caos de activaciones en palabras. En el hospital de veteranos de Atlanta, JR, se halla completamente paralizado por su apoplejía, pero puede manejar un ordenador con «la fuerza» de su pensamiento, gracias a un dispositivo electrónico implantado en su corteza cerebral. Unos electrodos recogen las señales electromagnéticas de su corteza, que son amplificadas y codificadas para pasar a un microemisor de radio que permite mover el cursor del ordenador. En un principio el paciente debía pensar en mover la mano o el rostro hacia la derecha para que el cursor se moviese a la derecha, pero tras unas semanas de pruebas consiguió directamente el mismo efecto pensando sólo en mover el cursor hacia ese lado.

Orwellianas vs. Estalinianas

Vamos a imaginar esta situación, querido lector: suponga que yo tengo el poder de implantar falsos recuerdos mediante algún medio. Imagine que estuvo usted en una fiesta el sábado pasado, y por tanto tiene usted sus correspondientes recuerdos de haber experimentado esa fiesta, de haber hablado con ciertas personas, y de haber visto a otras, etcétera. Ahora supongamos que yo (durante el domingo) coloco el recuerdo de una mujer con sombrero a la que usted vio en la fiesta. Estaremos de acuerdo en que, cuando usted hable el lunes de la fiesta con sus compañeros de trabajo, en sus recuerdos figurará esa mujer a la que no ha visto. Sin embargo esa mujer aparece en su conciencia junto con el resto de sus recuerdos de la fiesta. De hecho, salvo que usted tenga algún motivo para dudar de la validez de sus recuerdos, usted afirmará ser consciente de la presencia de esa dama en la fiesta, a pesar de no haberla experimentado conscientemente. ¿Esto a qué viene? Nuestros recuerdos. En nuestra vida cotidiana, a veces nos juegan malas pasadas como éstas, agregando elementos a nuestras experiencias que realmente no hemos experimentado. Llamaremos a este tipo de revisiones Orwellianas.

Sin embargo, hay otra forma de engañar a nuestra experiencia. Si organizamos falsas pruebas, procesos y testimonios antes de la experiencia estaremos realizando una revisión Estaliniana. Esta se diferencia de la anterior en que no se falsea el recuerdo: se falsea la experiencia. En la Orwellianas, primero tenemos la experiencia, y después esa experiencia es contaminada. En la Estaliniana la revisión y contaminación son previas a la experiencia, y nuestro recuerdo no es alterado. El resultado es igual (el recuerdo de nuestra experiencia no corresponde a la realidad), pero el procedimiento es diferente (porque varía el momento en el que se introduce la revisión).

El problema es que nos da igual en qué

momento se produce esta revisión. A escala cotidiana puede tener su importancia, pero lo cierto es que no se aplica en todos los casos, ya que hay situaciones en las que nos resultaría imposible decidir en qué momento se produce la contaminación, y por tanto, no podemos trazar una línea que separe lo que aún no es consciente de lo que ya es consciente. Piense en la memoria de testigos en un juicio, la distorsión puede darse por parte del abogado defensor para falsear su recuerdo, sería una revisión orwelliana –problema de recuperación-. Pero tal vez usted registre ya falseada la información, sería una distorsión estaliniana –problema de codificación-. Para muchos científicos de la conciencia, el momento en el que se producen estos errores tiene su importancia, porque como se persigue la idea de un punto central donde todo se organiza, el mecanismo que ordena las informaciones para producir nuestra experiencia consciente tiene su importancia. Pues bien, Dennett también ataca esta idea, ya que según nos relata no hay forma de saber cómo se hacen estas revisiones, puesto que, al haber múltiples versiones de una misma experiencia circulando por el cerebro, no hay un mecanismo que ordene los eventos. Los nuevos inputs informativos se incorporan a las sucesivas versiones de nuestra experiencia, a ese flujo narrativo del que nos hablaba Dennett, a medida que los sistemas de detección de rasgos y de discriminación los van detectando y los van incorporando al flujo de conciencia. Dennett lo describe como “un pandemónium de demonios ciegos e idiotas que gritan todos a la vez tratando de hacerse oír”. Estos demonios no gritan para ser oídos por los espectadores del Teatro de la conciencia, ya que no hay ningún teatro. Los demonios simplemente tratan de chillar más alto que los demás porque aquel que chille más alto será el que se convierta en la idea dominante de la conciencia. No hay ningún controlador central que seleccione entre todas las versiones, sino que aquellas que no contienen información relevante para

el momento y las informaciones que el cerebro está recibiendo desaparecen y “mueren”, hasta que sólo queda una que es la que se incorpora a la memoria, constituyendo aquello que somos conscientes de haber experimentado. Y, como hemos visto hace un momento, incluso eso está sujeto a revisión y modificación.

Todo esto es muy bonito

Pero cabe preguntarse ¿cómo afecta eso exactamente a mi día a día? Hay muchas situaciones en las que “nos llevan los demonios”, y hacemos algo de lo que nos arrepentimos porque no era nuestra intención. O bien a veces estamos a punto de emprender una acción determinada pero nos detenemos a tiempo antes de cometer un error. Veamos un ejemplo.

Uno va en su coche camino del trabajo, pensando en sus cosas. En esto que, de repente, surge de una calle lateral otro coche que está a punto de embestirnos. Ambos coches se detienen y usted se baja de su coche mientras se le vienen a la boca los peores insultos de su vocabulario destinados al otro conductor. Justo en el momento en el que usted empieza a hablar, se da cuenta de que el hombre que sale del otro coche no es ni más ni menos que su jefe. O quizá no es su jefe, sino una persona extremadamente atractiva. O un buen amigo.

¿Qué está pasando aquí? Bien, a raíz de ese cuasi - accidente que acabo de describir, hay múltiples flujos narrativos que discurren a toda pastilla por el cerebro, siendo cada uno de ellos un posible curso de acción. Todos estos posibles cursos de acción compiten entre sí para convertirse en el que tomemos definitivamente; esto es, tenemos el cerebro bullendo de ideas al respecto de lo que vamos a hacer, pero cuando lo hayamos hecho es muy probable que no seamos conscientes de qué era exactamente lo que estábamos pensando en aquellos momentos. A medida

que transcurre el tiempo, esas versiones múltiples de lo que ocurre se ven modificadas por las nuevas informaciones que llegan. En función del contenido de esas nuevas informaciones, algunos flujos narrativos serán descartados y desaparecerán, mientras que aquellos que se adecuen mejor a la situación seguirán siendo procesados, editados y modificados. De este modo, nuestra intención original cuando salimos del coche es increpar al otro conductor e incluso partirle la cara. En el momento en que nuestros procesos de discriminación identifican a nuestro jefe, los flujos narrativos o versiones en las que insultamos al conductor pierden validez, y modificamos nuestra conducta.

Sin embargo, en otras ocasiones no somos tan rápidos, es como si las palabras «quisieran ser dichas», escapan a nuestro control y soltamos lo que se nos viene a la boca. Quizá sí acabemos increpando a nuestro jefe, para arrepentirnos un segundo después de que las palabras salgan de nuestra boca (¡o quizá a medida que las vamos soltando!). ¿A qué se debe eso? Quizá, tal y como nos propone Dennett, sea una cuestión de dominancia entre ideas: estábamos tan iracundos y cegados que la versión dominante es la que nos impulsa a gritar a la persona del otro coche. A nuestros procesos de edición y modificación de los datos no les da tiempo a modificar el flujo narrativo para adecuarlo a las nuevas informaciones, y las palabras nos salen según nuestra primera intención, que sigue siendo la versión que ha recibido más edición y procesamiento. O sea, que nos enteramos de lo que decimos al mismo tiempo que el otro. Según Dennett una parte de nuestro cerebro (el demonio insultador) informa al resto del cerebro, se hace oír por los otros.

Hay otros curiosos fenómenos que también podemos explicar mediante este modelo, que han hecho que algunos consideren esta metáfora como una metáfora del cerebro perezoso. Pongamos como ejemplo

Un model tridimensional integrador de las posturas de Baars y Dennett (Diaz, 1996)

Este modelo es una posible solución a las discrepancias entre la fenomenología de la conciencia descrita por Baars (serial, continua y localizada) frente a la arquitectura subyacente planteada por Dennett (distribuida, discontinua y en paralelo). El modelo asume que los fenómenos conscientes son al mismo tiempo estados mentales y cerebrales, con correlaciones significativas pero sin reducciones mutuas. Se enumeran siete rasgos de la conciencia:

1°. Temporalidad. La conciencia no es una sustancia, sino duración. Es una ventana del presente, de duración breve, que se corresponde con señales neurofisiológicas, con los mecanismos de la memoria de trabajo y con actos actuales. La sensación de tiempo (de velocidad) es subjetiva y variable.

2° Actividad de procesamiento. El flujo de conciencia consiste en cursos de procesamiento de la información "con borde" que se suceden unos a otros, con inicio, curso, causación y desaparición.

3° Contenido. Este sería accesible por introspección, y podría clasificarse en: sensaciones, sentimientos, pensamientos,

imágenes mentales e intenciones. Sus relaciones causales son complejas y pueden producirse entre clases.

4° Cualidad. Hace referencia al tono afectivo y a las propiedades personales y únicas de los eventos mentales. Su significado podría expresarse en las preguntas: ¿Tiene un radar la experiencia de un murciélago? ¿Si la conciencia consiste en un disparo sincronizado con frecuencia entre 40 y 70 hertzios de diferentes circuitos cerebrales especializados (en procesar color, forma, movimiento...), podría un ordenador cuyos componentes se activasen a esa tasa tener conciencia?

5° Totalidad. Se refiere a la unidad de la experiencia. Distintos contenidos pueden aparecer a la vez en el campo de la conciencia formando una amalgama, debida a una unión funcional de procesos neuronales que se suceden y solapan en un continuo temporal, dando lugar a la superficie de la corriente de conciencia vista desde arriba (superficie del río para un observador aéreo).

6° Atención. El estado atencional puede cambiar momento a momento, de atención interna a externa, focalizada a panorámica... La superficie de la corriente se hace bidimensional y se define por la sucesión de con-

el archiconocido (entre los psicólogos experimentales) fenómeno phi de Kolers. En el fenómeno phi, el experimentador enciende dos pequeños focos, separados por no más de 4 grados de ángulo visual, durante un breve espacio de tiempo y en rápida sucesión. En estos casos, al sujeto le parece como si un único punto luminoso se moviera adelante y atrás. Este fenómeno le será muy conocido al lector, ya que es el principio que explica el cine (fotogramas estáticos que son pro-

yectados por un breve intervalo de tiempo y en rápida sucesión), las pantallas de TV y ordenador, y otros fenómenos similares. Lo interesante ocurrió cuando a Kolers y von Grünau (1976) se les ocurrió comprobar una pregunta del filósofo Goodman: ¿se daba el fenómeno phi cuando los dos puntos luminosos eran de distinto color?

[¿Nuestro cerebro es adivino?](#)

tenidos dinámicos y con cualidad, mientras que la atención constituye los márgenes y la forma de la corriente.

7º Niveles de conciencia. Existe un umbral de conciencia con variaciones. Entramos en la profundidad del río de conciencia, con cuatro niveles: Sueño, Vigilancia –atención automática-, autoconciencia –atención controlada, conciencia del contexto- y éxtasis. Algunos contenidos pueden ser procesados a diferentes niveles de conciencia en momentos sucesivos. Si quedan por encima del umbral son conscientes, si quedan por debajo son inconscientes. A los distintos niveles de conciencia, les corresponden diferencias en la cantidad y tipo de información procesada.

Esta sería una forma de conceptualizar la relación entre el inconsciente cognitivo masivamente en paralelo y el procesamiento serial consciente, mediante una corriente tridimensional con umbral variable (profundidad) afectado por la atención en sus márgenes y su dinámica de contenidos (corriente).

El MVM en acción

Kolers y von Grünau encendieron dos focos de color durante 150 mseg cada uno (con un intervalo entre ambos de 50 mseg), y ocurrió algo insólito: el primer foco parecía empezar a moverse para cambiar después de color de forma brusca en la mitad de su movimiento ilusorio hacia el segundo punto. Esto es un problema, porque si la conciencia fuera un lugar central donde todo

se va proyectando ordenadamente de forma secuencial, ¿cómo demonios hace el cerebro para adivinar que el punto va a cambiar de color, antes de que se haya encendido el 2º punto? Hay que fijarse en que el cerebro “adivina” dos datos que, a priori, no puede conocer hasta que la segunda luz se ha encendido:

- La trayectoria del punto de luz: no puede saber hacia dónde se ha movido la luz si el segundo foco no se ha iluminado.
- El color que va a tomar el foco de luz, de entre todos los posibles.

En verdad, esta pregunta es válida para todas las manifestaciones del fenómeno phi, pero la variedad de Kolers con el color ilustra el problema de una forma especialmente sangrante. Y aquí vuelve a entrar el tema de las revisiones orwellianas y estalinianas que comentábamos anteriormente. Realmente, lo que llega a nuestras retinas son dos luces de distinto color, estáticas, que se encienden y apagan rápidamente, separadas por un cortísimo intervalo temporal. Pero nuestro cerebro “nos muestra” (si aceptamos la versión del Teatro Cartesiano) una sola luz que se mueve y cambia de color. ¿Cómo lo hace nuestro cerebro? ¿Hace la revisión en algún punto entre la entrada sensorial y la conciencia, de modo que lo que accede al Teatro es la versión ya modificada de lo ocurrido? O por el contrario, ¿se hace la modificación en el Teatro y se almacena en la memoria? Puesto que parece que, en principio, podemos descartar la idea de que el cerebro es adivino, algunos autores postulan que la única opción que nos queda es reconocer que la reconstrucción del fenómeno se realiza de forma retrospectiva, esto es, que la conciencia queda en suspenso hasta que el segundo foco se enciende, y entonces se hace una versión, que es aquello que percibimos. Esto quiere decir que el revisionista del modelo de estos autores (sea estaliniano u orwelliano) no sólo detiene la conciencia hasta que se enciende la segunda luz, sino que además inventa material para llenar las

lagunas, ya que suponen que el cerebro rellena cada uno de los puntos intermedios en el espacio con uno de los dos colores que ha percibido.

Ante esto, Dennett nos propone una explicación de cerebro perezoso: el cerebro no se toma la molestia de “rellenar” nada, porque no hay nadie que esté mirando, como ya hemos dicho antes. Una vez que el cerebro ha detectado un foco de luz de un color y otro foco de luz de otro color, no tiene que volver a hacer más detecciones. Simplemente, hay una versión que se va reeditando a medida que va llegando nueva información, para modular la conducta subsiguiente. Vamos a verlo con más detalle.

Nuestros procesos de detección y discriminación hacen su trabajo. La información acerca del primer punto de luz llega al cerebro. Pero en un espacio de tiempo muy breve llega información de que el punto de luz está en otro lugar y con otro color distinto. «Cuando en un breve espacio de tiempo pasan muchas cosas, el cerebro tiene que hacer hipótesis simplificadoras.» (Dennett, 1991, página 156). O lo que es lo mismo, el cerebro, informado inicialmente sólo de que algo ha ocurrido (algo luminoso y de color en un lugar determinado) recibe la confirmación de que, en efecto, hay algo luminoso, pero de otro color y en otro sitio. De modo que el cerebro, puesto que no ha recibido más datos que confirmen la presencia del primer estímulo luminoso como independiente del segundo toma la decisión más conservadora, y decide que en vez de haber dos focos de colores diferentes, sólo había uno que se movió. La información acerca del primer foco ocupó durante un breve espacio de tiempo la posición dominante, antes de ser modificada por la nueva información acerca del segundo foco. No hace falta gastar tiempo y energía en inventarse la trayectoria del punto: simplemente supone que se debe haber movido. No podemos suponer que el cerebro retiene información antes de llegar a la conciencia en espera de que pueda o no

llegar una nueva información, porque nuestro cerebro ha evolucionado en un entorno en el que la supervivencia era una cuestión casi exclusiva de tomar decisiones rápidas que se adaptaran a las nuevas informaciones que iban llegando.

Pero claro, el lector agudo, si duda, se podría estar haciendo una pregunta: si la versión dominante en la conciencia es aquella que recibe una mayor cantidad de procesamiento, edición y revisión, ¿cómo se asigna esa cantidad de revisión? ¿No debería haber un director que eligiera aquella versión de entre las múltiples que hay, para que se convirtiera en la dominante? Porque si no hay nadie que dirija la orquesta de jazz que es el cerebro, que ponga orden en el pandemónium de procesos ciegos e idiotas que compiten por convertirse en el dominante, ¿cómo podemos tener una experiencia coherente y ordenada? Vamos a desmigajar estas ideas un poco más, ya revisadas por Emilio, y tras perder el borrador donde ya las habíamos desarrollado por un virus.

El mundo de los demonios ciegos e idiotas

¿Por qué emplea Dennett la imagen de los demonios ciegos e idiotas para describir el flujo de conciencia? ¿Qué son exactamente esos seres que emplea como metáfora?

A un nivel muy básico, todos estamos de acuerdo en que no se requiere inteligencia para que ciertas tareas se hagan. Por ejemplo, cuando un estímulo se planta frente a nuestra vista, las células fotorreceptoras de nuestras retinas se ven estimuladas por los cambios de luz para transmitir una señal a otras células, que a su vez, las transmiten a otras hasta el nervio óptico, y de ahí en adelante hasta las áreas de procesamiento visual primario. Para hacer esta tarea, nuestras retinas no tienen que «pensar» en lo que hacen, ni tomar ninguna decisión al respecto. A esto es a lo que Dennett llama procesos

idiotas: procesos que se ejecutan de forma automática, sin la menor necesidad de una conciencia, o voluntad, o control de ningún tipo. Si la luz incide sobre el fotorreceptor, éste envía una señal. Y punto.

Pero es que esta cadena de procesos idiotas puede seguirse aún más adelante. Los fotorreceptores (mediante ciertas células intermediarias que también son idiotas) transmiten sus informaciones a las neuronas del nervio óptico. Éstas también son idiotas, y aumentan o disminuyen su tasa de disparo de forma automática en función de las señales que los fotorreceptores envían, sin “pensar” en ello. Pero es que, amigo lector, podemos seguir así hasta cualquier parte del cerebro. Nuestros módulos cerebrales, responden a aspectos particulares del estímulo, para los que son especialistas (su color, o su forma o su tamaño...) y lo hacen de un modo estúpido, gritan cada vez que un estímulo adecuado entra en su dominio. Es parecido a la conducta chillona del público de los programas de televisión, y su respuesta ante el cartel de aplaudir o el nombre de su pueblo. Hace poco en el telediario dieron la mala noticia siguiente: Un perro dogo, bueno y noble, sin causa aparente mató a un crío de 20 meses a mordiscos. ¿Se volvió loco? ¿Es el perro inocente? Tal vez es un autómatas como opinaba Descartes, y el crío actuó como desencadenante ciego de su agresividad también ciega. El perro no es consciente de lo que ha hecho quizás. Así es el hombre según Dennett, un ser inconsciente de respuestas automáticas (ciegas y a menudo idiotas). Con Dennett no existe mi pensamiento sino el cerebro sin mi. El yo sólo es un centro de gravedad narrativo, que no debe buscarse en el cerebro. El yo es una curiosa costumbre social humana, la de contar la biografía, es sólo un cuento sobre nosotros mismos, útil para la interacción social, donde la conducta debe ser predecible.

Aplicación práctica

En la cultura española se enfatiza mucho el sentimiento de culpa y la unidad del yo. España es una unidad de destino en lo universal y esas cosas. Mantener la coherencia del yo exige el precio de reducir la diversidad de contextos a los que te expones. Si el yo es un producto cultural, como dice Dennett, y una cultura favorece el apego al pueblo, vivir en el mismo barrio que los padres, los sentimientos de culpa, la envidia de los logros de los otros... Probar lo contrario, viajar, cambiar de pareja, de amigos, de barrio, te permite probar tu yo, modificarlo, malearlo, descubrir que tal vez tienes personalidad múltiple y eso quizás no te convierte en un loco, sino en una persona sana.

Experimento mental

Juegue a romper expectativas del yo. Diga lo primero que le venga a la mente. Sienta a los demonios gritar dentro de usted. Cambie además sus respuestas habituales, si usted está tan automatizado, que lo primero que le viene siempre es la misma respuesta ensayada o la respuesta biológica de huida o agresión: Donde suele ser cortés, sea pícaro; donde suele ser brusco sea amable; con quien es complaciente sea molesto...

Pensamiento crítico

No deja de ser curiosa esa costumbre de presentarnos por nuestra profesión. Hola, me llamo tal y soy psicólogo. ¿Me define ser psicólogo? ¿Más que llamarme Emilio o Ramón? ¿Ser de Cádiz o Huelva? ¿Mi estado civil? ¿Mi altura?...Desconfíe de las personas que siempre empiezan las frases por yo. Son egocéntricos, y tratan de adaptar el mundo y la interpretación de su conducta (aunque sean disonantes: No he sido yo, yo soy el mejor...) a la categoría de su yo. Todo acto

está dirigido a su yo, lo atenta o lo refuerza, nada es ajeno a su yo, de manera que se hacen los sordos respecto a los aspectos de su propio comportamiento que no encajan con su imagen social. Esta categorización también se aplica a los otros, sólo vemos de ellos lo que es coherente con nuestra expectativa de su yo, y olvidamos el resto.

Lecturas recomendadas

La obra de Dennett está en su mayoría traducida al castellano, desde La conciencia

explicada, hasta Tipos de Mentes o La peligrosa idea de Darwin, junto a otras.

Direcciones de Internet

Visitad la Web de Daniel Dennett.
www.MelodiasNeuronales.htm/albertocarerras.com (google)

Yo sí, yo no

Por Emilio Gómez Milán

Observe su cuerpo. Sin duda, desde pequeño/a, le comentan que tiene los ojos de mamá y las orejas del abuelito, que es pasilargo como papá y que sus manos son de la tía María. Sí señor, estamos hechos a retales. Pegados, y las piezas no siempre encajan todo lo bien que nos gustaría. También solemos saber sacarle partido a nuestra pieza principal. Potenciar la mirada (a pesar de ser feitos) de unos ojos grandes. Sacar partido a la sonrisa, al culito o a la anchura de hombros. Mientras escondemos los defectos, los disimulamos con la ropa o se operan. Sin embargo, al madurar, nos damos cuenta, algunos, que es mejor dar luz a los defectos, que nos definen tanto como nuestras "virtudes", y ganamos seguridad. Tener seguridad es la mejor carta de presentación ante cualquier persona o situación. Pero tener seguridad es no dudar de uno mismo. Pasar del yo. Sin yo hay seguridad, y una relación más directa entre el estímulo y la respuesta. El yo es un mediador que entorpece esta conexión y nos hace torpes. El lector habrá notado que hemos pasado del cuerpo a la mente sin darnos cuenta. Nuestra mente, igual que nuestro cuerpo, también está hecha de

trozos, que no siempre encajan. Tenemos personalidad múltiple, sin duda, aunque unas sean más dominantes que otras. No dar salida a algunas de estas personalidades, hace que tengamos esclavos interiores. Pero reprimir las cobra un precio alto. Dejarlas manifestarse, hace que podamos darles su importancia real, su lugar en nuestra vida, y sufrir menos o más. En sus viajes por la España de la Inquisición, Giacomo Casanova, el gran amante, se detuvo en una pequeña ermita, a cuyas puertas aguardaban muchas carrozas cuyos viajeros eran en su mayoría hombres. Entró con curiosidad en la ermita, y comprobó que la causa de tanta devoción era un cuadro de una virgen con los pechos desnudos. Meses más tarde, volvió a la ermita, pero nadie hacía ya cola para entrar. Entró y comprobó que alguien había recortado los pechos de la señora. Le preguntó al cura, y este contestó que había sido él, que no podía dar misa, con esa pintura al fondo. Casanova, creyente, admirador de las artes, admirador de la belleza, curioso de la naturaleza humana, le espetó que mejor se hubiera cortado el los...

Bibliografía

Daniel Dennett (1995). La conciencia Explicada: Una teoría Interdisciplinar. Editorial Paidós, Barcelona.